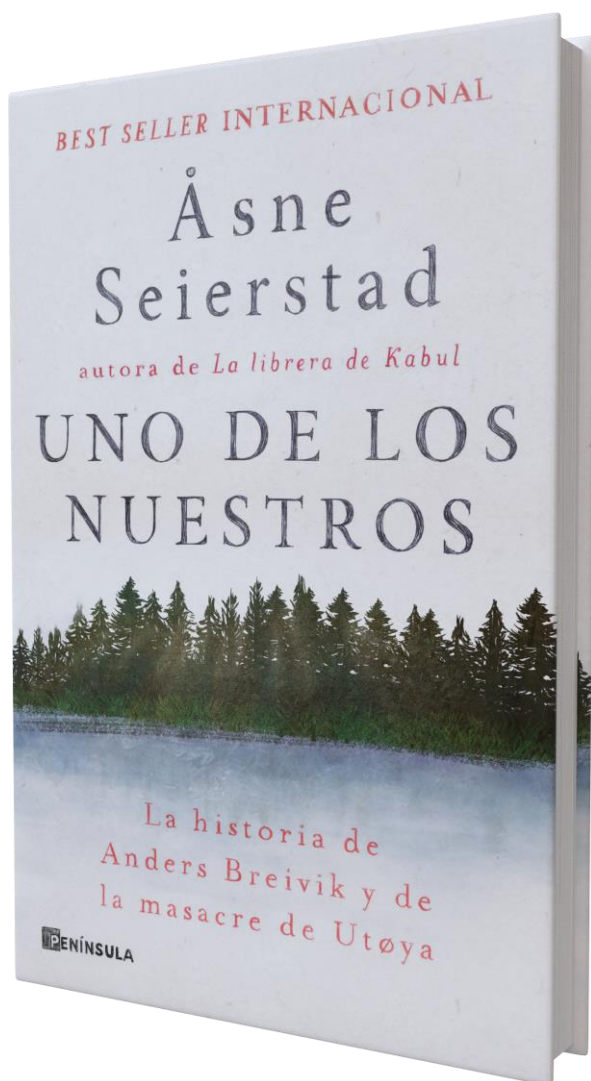


PENÍNSULA



ÅSNE SEIERSTAD

UNO DE LOS NUESTROS

**La historia de
Anders Breivik y de
la masacre de Utøya**

AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

A LA VENTA EL 1 DE JUNIO

**Un desgarrador y detallado relato de la masacre que
conmocionó a Noruega y a toda Europa, y del juicio
que permitió reconstruir el país.**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

ITZIAR PRIETO (Comunicación Área de Ensayo)

T: 659 45 41 80 / E: iprieto@planeta.es

Sinopsis

Un desgarrador y detallado relato de la masacre que conmocionó a Noruega y a toda Europa, y del juicio que permitió reconstruir el país.

El 22 de julio de 2011, una furgoneta aparcada frente a la entrada de la oficina del primer ministro noruego explotó causando la muerte de ocho personas. Tras hacer detonar esa bomba, Anders Behring Breivik se presentó en la isla de Utøya disfrazado de policía con la intención de matar a los jóvenes que asistían al campamento del Partido Laborista Noruego. Sesenta y nueve personas más fallecieron ese día. Nadie podía imaginar que el autor de la peor masacre perpetrada en Noruega desde la Segunda Guerra Mundial no hubiera sido un fundamentalista islámico. Nadie podía pensar que hubiera sido «uno de los nuestros».

La reconocida periodista Åsne Seierstad se adentra en la vida de Breivik para entender cómo un niño superdotado y sensible se convierte en uno de los terroristas más mortíferos de Europa. Además de ser un ejemplo del mejor periodismo de investigación, *Uno de los nuestros* es un estudio psicológico del extremismo, un relato de uno de los acontecimientos más trágicos de nuestra época y una conmovedora investigación de cómo una sociedad próspera se enfrenta al odio de uno de sus miembros y trata de reconstruirse después de un acto de violencia inimaginable.

La autora



Åsne Seierstad es una premiada periodista y escritora noruega reconocida por su trabajo como corresponsal de guerra. Tras estudiar ruso, español y filosofía en su país natal, empezó a trabajar como corresponsal para distintos periódicos en zonas en conflicto. Fruto de su estancia en Afganistán publicó *El librero de Kabul*, un éxito mundial con más de dos millones de ejemplares vendidos.

«El periodismo en su máxima expresión.»

The Sunday Times

«*Uno de los nuestros* es una obra maestra, una crónica muy dolorosa de un ataque inexplicable y horroroso que probablemente nunca entenderemos. Un libro imprescindible.»

NPR

«Inolvidable.»

The Boston Globe

«Un ejemplo magistral de no ficción narrativa. Al igual que *La canción del verdugo*, de Norman Mailer, y *A sangre fría*, de Truman Capote, el narrador es omnisciente y, en su relato de los brutales asesinatos, consigue demostrar la parte de responsabilidad de la sociedad. Aunque ambos libros están maravillosamente escritos, *Uno de los nuestros* me pareció aún más poderoso y convincente.»

The New York Times Book Review

«Un brillante relato de lo que bien podría ser el primer asesinato cultural-ideológico de la historia.»

The Telegraph

«Este libro, que cuenta con el rigor periodístico y el talento narrativo de Åsne Seierstad, es a la vez un relato inolvidable de una tragedia nacional y un vivo retrato de la Noruega contemporánea.»

Publishers Weekly

Extractos de la obra

VENENO

«Mil kilómetros más al sur, en uno de los bosques más densos de Noruega, un hombre preparaba ácido sulfúrico al aire libre. [...] Lo protegía del viento un granero pintado de rojo, y allí nadie podía verlo desde la carretera. Un cable de diez metros de largo se extendía hasta una toma de corriente dentro del granero.

[...]el dueño anunció el alquiler de la granja en varios sitios web. Un joven de Oslo se puso en contacto con él; mencionó que iba a empezar a producir remolacha azucarera. [...]»

«El hornillo estaba sobre una base de televisor desechada que había sacado al jardín. Le subió la temperatura al máximo y pronto el ácido empezó a hervir. Quería reducir el contenido de agua para aumentar su concentración. Había pedazos de papel llenos de números y cálculos desparramados por toda la casa. Estimaba que le llevaría tres días con sus noches reducir los aproximadamente treinta litros de ácido sulfúrico a una concentración del 30 al 90 %.

Después de una hora y media el vapor, al principio casi invisible en el día nublado, empezó a cambiar de carácter. Poco a poco se fue convirtiendo en un humo blanco, luego gris, y al cabo de dos horas era tan negro y espeso que le preocupó que los vecinos pudieran verlo y desenchufó el hornillo. [...]»

«Adquirir todos los productos químicos había sido la fase más crítica y, de hecho, con la que más se arriesgaba a ser descubierto. El otoño anterior, en octubre de 2010, cuando empezó a pedir los elementos para fabricar la bomba, seguía viviendo en Oslo con su madre. Con frecuencia había sentido miedo. Si metía la pata y llamaba la atención de las autoridades, estaría perdido: lo neutralizarían antes de que pudiera llevar a cabo la operación.»

«Pidió a China nicotina líquida, y rellenaría sus balas de ese veneno. Podía conseguir todo lo que necesitaba para eso en la ferretería: un taladro pequeño para hacerles un agujero a las balas, unas tenazas para quitarles la punta, un juego de limas y pegamento extrafuerte para sellarlas después.»

«Compró el rifle modelo Mini-14 de Sturm, Ruger & Co., y un gatillo que le facilitara los disparos rápidos. A finales de enero le avisaron desde el Intersport de Bogstadveien de que no podrían servirle el silenciador que había encargado: todos los pedidos privados se habían cancelado debido a un pedido militar al por mayor. No quería arriesgarse a usar un silenciador no automático, pues podía sobrecalentarse y estallar durante una ráfaga de disparos, con lo que el rifle quedaría inutilizado. En su cuaderno de bitácora consiguió convertir esto en ventaja o "bonus", palabra que le gustaba usar: «A falta de silenciador puedo sujetar una bayoneta al rifle. Pronto el marxista ensartado será el sello exclusivo de los Caballeros Templarios de Europa». Sin más preámbulos pidió una bayoneta a Match Supply en Estados Unidos, que en la declaración de aduanas se clasificó como equipo deportivo.»

VIERNES

«El “comandante del movimiento de resistencia anticomunista noruego” se puso una camiseta Polo Ralph Lauren color café. Encima de eso, un jersey Lacoste de rayas con suaves tonos tierra, y luego unos pantalones oscuros y unas deportivas Puma. En la cocina preparó tres sándwiches de queso y jamón. Se comió uno y puso los otros dos en una bolsa.»

«Se preparó para enviar la película con su recopilación de fragmentos y vídeos cortos que había encontrado en internet, además del importantísimo *2083. Declaración de independencia europea*. Ya había capturado en el ordenador las ocho mil direcciones de correo electrónico, pero todavía no podían recibir el e-mail. Nadie debía abrir el documento hasta que él estuviera a punto de salir.»

«Fuera no había prácticamente ni un alma. Llovía y el cielo estaba gris. El vivero acababa de abrir y solo había unos cuantos coches estacionados enfrente. Abrió la Doblò, hizo a un lado los pedazos de colchón que tenía en la caja y sacó la mecha; enseguida se subió en los asientos traseros de la Crafter para colocarla en los explosivos. Con un esmeril angular había hecho un agujero entre la cabina del conductor y el maletero para poder activar la detonación sin bajar de la camioneta. La mecha estaba sujeta con cinta adhesiva desde la cabina, para que en vez de enroscarse y arder, se fuera quemando hasta llegar a la carga.

Dejó la Crafter con la bomba estacionada en el vivero; vio que había el anuncio de una oferta especial de tuya para setos. Cerró la camioneta con llave y se subió a la Doblò, donde estaba guardada la maleta Pelican con todo su equipo: esposas, bridas de plástico para esposar, una botella de agua, el rifle, la escopeta y municiones. Condujo por las calles desiertas hacia el centro de la ciudad. Estacionó en la plaza Hammersborg, más allá del distrito gubernamental. Se aseguró de poner suficiente dinero en el parquímetro y de dejar el resguardo de estacionamiento claramente a la vista en el parabrisas.»

«Pasó por el mercado de flores de Stortorget y se apresuró hacia la catedral, donde paró un taxi.

—¿Normalmente a qué hora dejan de trabajar en las oficinas de Gobierno durante el periodo vacacional? —preguntó.

—Los primeros empiezan a irse a su casa a las dos aproximadamente —respondió el taxista, un pakistaní cuarentón.

—¿Qué edificio de Oslo cree que es el más significativo políticamente? —siguió interrogando el pasajero.»

«Le había puesto el encabezado de “Patriota occidental”. Luego presentaba el trabajo como un conjunto de “soluciones y estrategias ideológicas, prácticas, tácticas, organizativas y retóricas avanzadas”.

No quiero ninguna compensación por la obra, pues es un regalo que te quiero dar, como compañero patriota. De hecho, solo te pido un favor: que distribuyas este libro a todos los que conozcas. Por favor, no pienses que ya otros se encargarán de eso. Siento ser tan directo, pero así no sirve de nada. Si nosotros, la resistencia europea occidental, incumplimos o nos volvemos apáticos, entonces Europa occidental caerá, y con ella tus libertades...

Vio la hora. Seguro que el correo con “La islamización de Europa occidental y la situación de los movimientos europeos de resistencia” en la línea de asunto ya habría llegado al menos a algunas de las direcciones, y al rato los empleados del distrito

gubernamental saldrían de allí.»

«No había ninguna barrera que pudiera impedir a la camioneta llegar al edificio de diecisiete pisos que albergaba el Ministerio de Justicia y la oficina del primer ministro. Un letrero de no entrar colgaba de una cadena entre dos columnas, pero había espacio suficiente para rodearlo.

Cuando llegó al área de recepción, vio que había dos coches obstruyendo el lugar ideal para estacionarse. Para potenciar al máximo la onda expansiva en un sentido había empaquetado la bomba de 950 kilos de tal manera que en un lado quedaban varios cientos de kilos más de explosivo. Los dos coches lo obligarían a estacionarse al revés. La fuerza explosiva estallaría hacia el exterior del edificio, más que hacia su interior.

El objetivo era que el edificio se derrumbara. Había calculado que si conseguía destruir la primera fila de columnas que lo sostenían, todo se vendría abajo: la oficina del primer ministro hasta arriba y todo lo que había debajo.

Se estacionó justo fuera del área de recepción, cerca del edificio. El miedo empezó a invadirlo. Las manos le temblaban. Para intentar reprimir el miedo y tranquilizarse se concentró en el plan, que había repasado mentalmente cientos de veces. Había visto la secuencia de los acontecimientos desarrollarse en su cabeza una y otra vez. Ahora tenía que confiar en su entrenamiento y ceñirse a lo planeado.

Sacó el encendedor. Las manos le seguían temblando. Todavía sentado frente al volante, se dio la vuelta y se estiró hacia atrás para prender la mecha que se asomaba por el hueco del maletero.

La mecha se encendió enseguida y sacó chispas. Avanzó chisporroteando hacia los sacos de fertilizante.

Ya no había vuelta atrás.»

«Cuando Jon Vegard pasó junto a la camioneta, esta explotó en un mar de llamas. Fue arrojado de costado por una onda expansiva tan poderosa que lo mató al instante, incluso antes de que las esquirlas de vidrio y metal lo alcanzaran.

Eran las 15:25:22.

Dos mujeres jóvenes, abogadas del ministerio, que estaban de pie detrás de la camioneta, también se elevaron en el aire por la onda expansiva, y fueron envueltas en el mar de llamas y arrojadas al suelo. También ellas murieron instantáneamente. Dos recepcionistas de la Torre salieron disparadas de sus asientos, atravesaron el mostrador y cayeron en la plaza. En el edificio volaron vidrios, las puertas se hicieron añicos, los alféizares de las ventanas se convirtieron en lanzas de madera con picos o cuchillos de metal al rojo vivo. La explosión arrojó todo, ya fuera hacia el interior del edificio o hacia la plaza, la calle y la fuente, donde en ese momento ocho personas yacían muertas o agonizando. A su alrededor había numerosos heridos, a los que la onda expansiva dejó inconscientes o con heridas profundas.»

«—¿Qué ha sido eso? —preguntó el primer ministro cuando oyó el estallido.

Jens Stoltenberg estaba sentado a su escritorio, hablando por teléfono. Había decidido trabajar desde su residencia en Parkveien, detrás del Palacio Real. En el periodo vacacional todo estaba tranquilo, así que no había ninguna necesidad de ir a la oficina en la Torre. Estaba preparando el discurso que pronunciaría en Utøya el día siguiente, sobre la economía y la lucha por el pleno empleo, sus temas preferidos.»

«Mientras tanto, cientos de personas se alejaban corriendo de la Torre. Del edificio salía humo a borbotones y había varios pisos en llamas; el edificio podía derrumbarse en cualquier momento o podía haber otra explosión. Otros solo se quedaron allí boquiabiertos, o sacaron sus teléfonos para llamar a sus casas.»

«Tres guardias acudieron a la oficina del primer ministro en Parkveien, le pusieron un chaleco antibalas y le ordenaron que los siguiera a un cuarto de seguridad. El hecho de que el ataque en el centro hubiera estado dirigido al edificio del Gobierno significaba que era posible que también la residencia del primer ministro fuera un objetivo.

A pesar de todo, no se envió a guardias armados para proteger el edificio.»

«Nueve minutos después de la explosión, entró una llamada por la línea pública directa de la policía.

—Hola; soy Andreas Olsen. Llamo para informar de que he visto algo muy sospechoso al pasar por el distrito gubernamental.

La operadora dijo que no podía registrar su aviso en ese mismo momento, que sería mejor que llamara más tarde. Olsen la interrumpió y dijo que había observado a un hombre en uniforme de policía caminando con una pistola en la mano.

—Lo siento, se da cuenta de que no puedo atender su llamada ahora mismo, ¿verdad? Pero dígame cuál es su nombre.

—Se trata de una pista concreta para dar con un coche —insistió Olsen. Él era el peatón con el ramo de rosas que había visto a Breivik caminando desde el distrito gubernamental. Explicó brevemente lo que había visto: un hombre con un casco protector y una pistola, “que se traía algo raro”.»

«Anders Behring Breivik seguía en la fila para entrar al túnel de la Ópera. Temía que todo Oslo estuviera aislado debido al ataque y que eso no le permitiera pasar a la siguiente fase de su plan.»

«A las 15:55, media hora después de que la bomba hubiera estallado, una operadora vio por casualidad la nota amarilla sobre el escritorio de la jefa de la unidad. Habían transcurrido veinte minutos desde que Andreas Olsen pasó la información. [...]»

«Después de la bomba en Oslo no se envió ninguna alerta inmediata a toda la nación. Se emite una alerta a toda la nación para comunicar a todos los distritos policiales del país información considerada importante. Ante una alerta así, todas las estaciones de policía siguen un procedimiento habitual.»

«Monica había dirigido el día a día de los encuentros en la isla a lo largo de veinte años, promoviendo las ideas del movimiento laborista y aportando algunas otras. Había manejado sus finanzas, colocado ratoneras y se había ocupado del mantenimiento de las construcciones. Cuando llevaba algunos años trabajando allí, se puso un anuncio para buscar conserje. Jon Olsen, un miembro de la AUF de su misma edad, obtuvo el empleo. Y a Monica. Se enamoraron, decidieron vivir juntos y tuvieron dos hijas. Cuando la AUF compró el MS Thorbjørn para usar como transbordador, Jon se convirtió en su capitán. Este sería el último verano de Monica en la isla. A Madre Utøya, como la llamaban, le habían dado el puesto de directora del Museo Marítimo y quería dejar el trabajo de la isla en manos de alguien más. Pero ahora estaba allí para cuidar a los jóvenes angustiados.

—Esta noche encenderemos todas las barbacoas y podréis comer todas las salchichas que queráis —propuso, y les dijo que Utøya estaba muy lejos de Oslo y que en ese momento era el lugar más seguro para ellos.

Por respeto a las víctimas en el distrito gubernamental, se canceló el baile del viernes, y el torneo de fútbol se pospuso a causa de la lluvia. Ya no había campo en el que jugar. Monica recomendó que todos los líderes de las delegaciones provinciales reunieran a sus grupos para hablar de lo sucedido.

Simon y Mari salieron juntos y se dirigieron a las tiendas de campaña.

—Aquí no estamos seguros —dijo Simon.
—¿Qué? —exclamó Mari.
—Bueno, si esto es un ataque al Partido Laborista... —comentó. —¡Cállate la boca!
—espetó Mari.
—Solo digo que no es coincidencia que hayan ido contra el distrito gubernamental. Eso significa que es un ataque al Partido Laborista, y nosotros somos parte de él.
Se toparon con Viljar, y Simon no se calló la boca.
—Si esto es político, Viljar, y contra el Gobierno, tampoco aquí estamos seguros.»

[...]

«Así, mientras la alarma salía de Oslo y la comisaría de policía a unos cuantos kilómetros lo ignoraba, Breivik esperaba sentado en la camioneta. El fiordo estaba gris y sombrío. La lluvia azotaba la superficie del agua. No se veía ninguna embarcación. Tendría que llegar pronto para poder salir a las cinco.»

«—Ha venido un policía.

Anders Kristiansen estaba de pie en el campamento de Troms un poco alejado de los demás, sentados mientras comían pan con mantequilla. Ese viernes le tocaba ser supervisor y estaba equipado con un *walkie-talkie* y una chaqueta de alta visibilidad. La noticia de la llegada del policía se había dado por radio.

—¡Qué bien! —dijo alguien con tono de alivio.

—El policía quiere que nos reunamos todos en medio de la isla —continuó Anders Kristiansen cuando le llegó la instrucción.

“En medio de la isla, ¿dónde es eso?”, pensó Mari. Era más o menos exactamente donde estaban en ese momento. En el campamento de Troms, entre las tiendas.»

«“Ahora o nunca. Es ahora o nunca.”

El “comandante del movimiento de resistencia anticomunista noruego” subió unos cuantos pasos por la pendiente detrás de Bernsten. Calzaba botas militares negras. La hierba mojada ocultaba las espuelas en los talones.

Iba sujetando firmemente a Gungnir, que seguía cubierta con la bolsa negra de plástico. A Mjølfnir la traía en el muslo, metida en su funda.

Su cuerpo luchaba en contra de hacerlo, los músculos le temblaban. Tenía la sensación de que nunca sería capaz de llevarlo a cabo. Cien voces en su cabeza le gritaban: “¡No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas”.

“O dejo que me atrapen ahora o llevo a término lo que he planeado”, pensó al llegar al punto en que la colina se empinaba más.

Obligó a su mano derecha a bajar hacia el muslo, desabrochó la funda, agarró la pistola.

Había una bala esperando en la recámara y otras diecisiete listas en el cargador.

La maleta, con los tres mil cartuchos dentro de ella y cerrada con llave, había llegado en el coche a la parte trasera del edificio principal. La llave estaba en su bolsillo.

Había tres personas delante de él y dos detrás. Si empezaban a sospechar algo, podían acabar con él.

Entonces... ya. Lentamente alzó el brazo y apuntó con la Glock a Berntsen.

—¡No! —gritó Monica—, ¡no debes apuntarle así! Disparó a la cabeza del guardia. Monica Bøsei se dio la vuelta pero no tuvo tiempo de huir: una bala le dio a quemarropa.

Los dos quedaron tendidos donde habían caído, cerca uno del otro. El asesino se sentó a horcajadas sobre Berntsen y le metió dos balas más en la cabeza, y luego a

Monica le disparó otras dos veces más. Estaba tumbada boca abajo en la hierba húmeda recién cortada.

El capitán del barco, que había estacionado el coche y dejado la maleta en el maletero, venía de detrás de la cabaña en el momento en que Berntsen cayó. Segundos después sus ojos estaban fijos en el sitio donde su amada se había desplomado.

Subió corriendo por la colina, esperando recibir un disparo por la espalda. "¡Corred! ¡Sálvese quien pueda!", les gritaba a todos los que encontraba.

El aire se llenó de gritos.

El asesino respiraba aceleradamente.

A partir de ese momento, todo sería fácil.»

«Las balas volaban hacia ellos a una velocidad de ochocientos metros por segundo. Astillaban los árboles, se estrellaban contra los troncos, golpeaban cuerpos, un pie, un brazo, un hombro, una espalda. Los jóvenes se tropezaban, seguían corriendo, desaparecían entre los árboles.»

«A las 17:24 recibieron una llamada de emergencia. Al principio había entrado al servicio de atención telefónica de emergencias médicas, pero luego la enlazaron con la policía. Un hombre gritaba que era "el que conduce el barco aquí", y que trataría de llegar a la embarcación.»

«Al mismo tiempo entró una llamada por la otra línea de emergencia. Un muchacho soltó que había "disparos por todos lados", y pánico y caos, y la gente tenía que correr a "las orillas" de la isla. De repente había luces rojas en todos los teléfonos.»

«A las 17:25, Anders Behring Breivik caminó de regreso, cruzando el campamento, adonde Gunnar Linaker yacía inconsciente. Para entonces había matado a tres personas en el embarcadero, tres en la entrada principal, una en el campamento y dos en el camino hacia allí. Ahora dio la vuelta a la gran cabaña de madera marrón que albergaba la cafetería y el salón principal, y la bordeó por los muros.»

«Breivik entró en la cabaña. Las paredes estaban cubiertas con carteles de consignas de la AUF de varios años. En el corredor había cientos de zapatos y botas, pues no se podía entrar con el calzado del exterior a las salas de reuniones.

Entró tranquilamente al primer cuarto, conocido como el saloncito. Se detuvo un momento en la entrada para tener una visión de conjunto. Los jóvenes lo miraban, esperando instrucciones.

Se acercó a un grupo y empezó a disparar.

Varios cayeron al suelo.

Un pensamiento cruzó por su cabeza: "Venga ya, están fingiendo". Con toda la calma pasó por cada uno de ellos para poner fin a sus vidas de un disparo en la cabeza. Algunos jóvenes estaban gritando, quietos como si estuvieran pegados al suelo. Lo miraban fijamente, incapaces de salir huyendo, de escapar, de salvarse.»

«Había estado dentro dos o tres minutos. Había necesitado unos cien segundos para matar a trece personas. Varios habían quedado gravemente heridos. Eran las 17:29.»

«La primera patrulla salió de la comisaría de policía de Hønefoss a las 17:38. Nadie allí tenía una idea muy clara de dónde estaba Utøya, a pesar de que la isla estaba en su distrito y todos los años la visitaba el primer ministro laborista o el líder del partido. Ahora la buscaron en el mapa.»

«Me van a disparar», pensó Breivik, pero al mismo tiempo parecían un poco desconcertados. Creyó que probablemente esperaban a un hombre moreno.
—¡Policía armada! ¡Quieto! ¡Manos arriba! —gritó uno. Breivik bajó el rifle y lo apoyó en un árbol.

Luego se dio la vuelta y caminó hacia los policías, con las manos a los costados. Llevaba puestos unos audífonos intrauriculares, con un cable que entraba por el chaleco y bajaba por el torso.

—¡Túmbate! —gritó uno.

—¡De rodillas! Varios hombres le estaban apuntando con sus pistolas, con los dedos en el gatillo.

—¡Si te acercas más, te disparamos!

[...]

—¿Tiene identificación?

—En el bolsillo derecho.

Un hombre sacó su carné y leyó su nombre y su número de identificación personal por la radio.

—No estoy en contra de ustedes —continuó Breivik—. Esto tiene una motivación política. El país está siendo invadido por extranjeros, esto es un golpe de Estado, es el principio del infierno. Se va a poner peor: la tercera célula aún no se activa.

[...]

—Responde ahora, por tu propia conciencia: ¿hay más como tú? ¿Dónde están? Breivik alzó la vista hacia él.

—Solo soy yo —dijo—. Solo soy yo. Solo. Soy. Yo.»

EPÍLOGO

«Supuestamente solo iba a ser un artículo para Newsweek.

“¡Consígueme todo lo que puedas sobre ese hombre!”, me dijo por teléfono desde Nueva York Tina Brown, editora de Newsweek. Era demasiado pronto; apenas había tenido lugar el ataque terrorista. El país estaba en shock. Yo estaba en shock.

En el verano de 2011 no encontré mucho sobre “ese hombre”.

En vez de eso, después de haber escrito sobre la reacción de Noruega al ataque, me olvidé del país, como siempre, y seguí con mi plan original para el otoño: cubrir los continuos levantamientos alrededor del mundo árabe. Mi siguiente parada era Trípoli, en Libia. Mientras Noruega estaba de luto, yo regresé a Oriente Próximo.

Luego se determinó la fecha del juicio. Newsweek me pidió que escribiera otro reportaje cuando se abrió la causa contra Anders Behring Breivik en abril de 2012. Ese sería apenas mi segundo artículo sobre Noruega; nunca antes había escrito nada sobre mi país. Era un territorio inexplorado. Toda mi vida laboral había sido como corresponsal en el extranjero [...].»

«Me senté en la sala 250 las diez semanas del juicio. Entre esas paredes nos fueron dando gota a gota los pormenores del plan y la ejecución de los atentados, día tras día. Los testimonios eran breves, concisos, confeccionados a la medida del juicio; a veces profundizaban, a veces ampliaban. En ocasiones se complementaban y daban nuevas perspectivas, y en otras se bastaban a sí mismos. Un testigo podía estar diez o quince minutos en el estrado, y luego subía otro testigo.

Tenía que averiguar de dónde venían este goteo de historias. ¿Cuál era la fuente de la que manaban?

Cuando terminó el juicio me di cuenta de que tenía que ir más a fondo para descubrir qué había pasado realmente, y empecé a investigar.

Encontré a Simon, Anders y Viljar. Encontré a Bano y a Lara.
Esta es su historia.»

«*Uno de los nuestros* es un libro sobre el sentido de pertenencia, un libro acerca de la comunidad. Los tres amigos de Troms pertenecían a lugares determinados geográfica y políticamente, y a sus familias. Bano pertenecía tanto a Kurdistán como a Noruega. Su mayor aspiración era llegar a ser “una de las nuestras”. Para eso no había atajos.

Este también es un libro acerca de la búsqueda de una pertenencia, y del hecho de no encontrarla. El criminal a la larga decidió desentenderse de la comunidad y golpearla de la manera más brutal posible.

Mientras trabajaba en el libro caí en la cuenta de que esta también era una historia sobre Noruega. Es una historia contemporánea acerca de nosotros.»



PENÍNSULA

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:
ITZIAR PRIETO (Responsable Comunicación Área de Ensayo)
T: 659 45 41 80/ E: iprieto@planeta.es